

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON AURELIO MIRO QUESADA

Después del aire de poesía que ha dejado el hermoso discurso de incorporación de Manuel Solari Swayne es empresa difícil la de responder al recipiendario. Pero la Academia Peruana de la Lengua me ha encargado —casi podría confesar que lo habría pedido— que lo salude en nombre de nuestro cuerpo literario y que le expresa nuestra felicitación más afectuosa en esta noche de su toma oficial de posesión. Me satisface vivamente el encargo, porque me une a Manuel Solari una antigua amistad, reforzada en ideales comunes, acrecentada día a día en las labores del periódico y hasta compartida muchos domingos en nuestras barreras vecinas en Acho, donde él contempla la fiesta de los toros con precisión de crítico y con ojos de artista.

Nacido en Lima en 1914, hijo de ese gran señor y cabal periodista que fue Carlos Solari —que no en vano escogió para sí el seudónimo significativo de “Don Quijote”—, estudiante en el Colegio de la Recoleta y luego en la Universidad Católica de Lima y en la Universidad Central de Madrid, Manuel Solari tiene una larga obra literaria de calidad formal y de sensibilidad siempre despierta. El Premio Nacional de Periodismo, que alcanzó en 1952, fue una consagración realmente unánime. Redactor de “El Comer-

cio" desde hace más de cuarenta años, no hay quien no haya leído sus crónicas de gracia ligera, de adjetivación exacta, de descripciones llenas de color y de vida, sobre temas, paisajes, personajes distintos, pero todos unidos por el hilo sutil de la cultura. El periodismo para él no es sólo narrar, dar la noticia, recoger el suceso, sino descubrir lo que hay debajo de ello de afirmativo y permanente. Su prosa traza cuadros, reanima emociones, nos deleita no sólo con lo sublime de las obras maestras en arquitectura o en pintura, sino ante la atracción inesperada de lo que Ortega y Gasset llamaba, al comentar la obra azoriniana, "primores de lo vulgar". Precisamente el gran ejemplo para Manuel Solari es Azorín. Como él sube y baja por los pueblos, atisba rincones, describe un "rojo ardiente", un "azul helado", un "verde agrio" y pinta personajes que hablan de arte, que defienden su intimidad celosamente o que engalanan su casa con macetas para hacerla más clara y luminosa.

Alguna vez, con la familiaridad que me permiten mis continuas visitas a la Real Academia Española en su casa —piedra y ladrillo— de Madrid, he dicho que en las sesiones, tras de la mesa de tapete verde, con sus Diccionarios colocados en fila y sus millones de papeletas en las salas vecinas, me parecía verlos divididos en dos bandos: los andariegos, y los sedentarios. Los sedentarios son los que estudian el idioma con ahínco, los que analizan con ciencia y conciencia nuestra lengua desde los giros iniciales de las Glosas Emilianenses hasta las creaciones y recreaciones y enriquecimientos (o empobrecimientos) de mil años, y que se estremecen ante los vulgarismos, se indignan frente a los yerros de sintaxis y son defensores admirables de un legado común, del que todos somos señores pero al que también todos nos debemos. Del otro lado están los andariegos, que avanzan sin temores por la poesía o la novela, que a veces calzan el coturno en el ensayo pero recogen el habla popular en el teatro, que se sienten con derecho a inventar

neologismos, a incorporar palabras extranjeras o peregrinas cuando les conviene —en pecados veniales contra la lengua nadie puede arrojar la primera piedra— y que gozan lo mismo con la pulpa jugosa de un Quevedo, la transparencia de un Garcilaso el toledano, o los imprevistos desgarramientos de un Vallejo.

Manuel Solari pertenece a estos últimos. Nunca lo veremos preocupado por el detalle de la cronología, ni por la medida exacta de un campanario o de una plaza. Lo que él pretende —y lo consigue— es percibir ante nosotros una emoción artística y comunicarla a los lectores. Así ha sido el bello discurso que le acabamos de escuchar, en el que con pinceladas rápidas, como en las pinturas orientales que trazan sólo los rasgos esenciales y dejan todo lo demás a la imaginación, nos ha presentado finas estampas de obras de arte y de ciudades que enaltecen el panorama universal. No hay una línea que sobre para dejarnos grabada en el recuerdo la esfinge que custodia las milenarias pirámides de Egipto, la proporción exacta y la armonía severa del Partenón, las casas de piedra amarillenta y las calles estrechas y emocionantes de la Vía Dolorosa, el milagro de la torre de Pisa, el canto inolvidable de las fuentes de Roma, la línea enhiesta del Palazzo Vecchio de Florencia, el encanto barroco de la música de Mozart en Viena, el hondo dramatismo del teclado de Beethoven en Bonn, el aire fresco y claro del jardín de las Tullerías en París, o los rotundos acentos de España en templos y palacios, en barrios y en danzas populares.

Su discurso termina con la estampa de España, pero pudo haber empezado y haberse detenido en ella misma. No hay quizá entre nosotros quien haya recorrido con tanto amor la tierra española y que conozca tan entrañablemente lo que puede llamarse la geografía humana de España. De sus visitas de muchos años y de sus crónicas en muchas páginas, Manuel Solari ha hecho una atrayente recolección

con el título expresivo de *Andando la España inmutable*. Notas de andar y ver, y sobre todo de sentir, el libro es una fuente inagotable de sugerencias y recuerdos. Desde los impresionantes bisontes de Altamira hasta las aventuras geniales de Picasso, el viajero nos lleva por la Extremadura de los conquistadores con sus cigüeñas en los campanarios, por la serenidad romana del acueducto de Segovia, por los soportales bajo la lluvia en Santiago de Compostela, por la Catedral de Burgos o de la visigótica Toledo, por las tostadas murallas de Avila, por la fiesta lozana de Sevilla o los jardines del Generalife, o por los molinos quijotescos que abren sus aspas al viento de Criptana.

Es "el lenguaje de las formas", como ha puesto por título a su discurso de esta noche: lo que nos habla al espíritu en la piedra o el mármol, en la pintura o en las calles. Y lo mismo ha expresado en su amoroso recorrido por la tierra y los hombres del Perú. Estampas de Trujillo "la de las blancas rejas" como él gusta llamarla, de Arequipa que cuida con orgullo las barrocas portadas ornamentadas de sus casas, de las sillerías pétreas y el eco de los conquistadores en el Cuzco, de la docta Huamanga hoy tan aborrecida, del diálogo del río y la selva en Iquitos.

Y sobre todo Lima, la ciudad que él quiere como pocos y por la que libra tan tenaces batallas, "lanza en ristre", aun a sabiendas de que en muchos casos Alcaldes y paseantes lo dejan solo o se sonríen. Manuel Solari tiene una pasión por nuestra ciudad que nos conmueve aun a quienes creemos compartirla. Por más que haya viajado, por más que su geografía sentimental parezca raigalmente aprendida en España, y aunque sus apellidos italiano y británico le den cierto aire de observador cosmopolita, Solari Swayne no puede nunca desprenderse de Lima; (en un prólogo he dicho que en su cédula de identidad profesional podía escribir, sencillamente, "vecino limeño"). Cuando está con nosotros, o cuando hablamos de él, parece que se superpusie-

ran dos imágenes: la suya y la de Lima. No la Lima pretenciosa de imaginarios "rascacielos" (más altos y mejores los puede haber en cualquier parte), ni la Lima que extiende su asfalto (si hay asfalto) sobre lo que era la riqueza de las huertas cercanas, sino la ciudad que él fija, no diría en el tiempo ni en el espacio, sino en la poesía del espíritu. Por su crecimiento demográfico, por su carácter de centro político, administrativo, comercial, industrial del país, por lo bueno y lo malo acumulados, Lima es cada vez más capital del Perú. Pero también cada vez menos Lima.

No es que Manuel Solari pretenda detenerlo. Su defensa del patrimonio histórico y cultural de la ciudad no es un combate anacrónico y nostálgico, sino una afirmación de los valores sustanciales, aunque queden en el camino muchos matices adjetivos. A veces se conforma con que, en un museo imaginario, se restauren cuatro casas de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX y se les amueble con muebles de época. Pero protesta si sólo por razones comerciales se echa por tierra un edificio que tiene una historia, o si se rompe descuidadamente la armonía entre una iglesia y su contorno urbano, o si más que invadirnos simplemente se quiere arrebatarnos el alma de Lima. En sus crónicas de todas las semanas Manuel Solari se emociona — y nos emociona al describirlo— con una plazuela rumorosa, una vieja casona con su zaguán oscuro y su patio florido, un limeñismo de lenguaje que salta con su chispa bajo el cielo de plata y sobre todo con la gracia y el encanto de los largos balcones tallados con celosías, "calles sobre los aires" como los llamaba el Padre Calancha al verlos doblar por las esquinas. Si se cae un balcón (o si lo caen), ya sabemos que sufre Manuel Solari; pero si lo restauran, ya sabemos también que se alegra como si le pusieran alas en los hombros a los ángeles que él quiere que cuiden la ciudad.

Este es el nuevo Académico que nos complace que esté con nosotros y que esperamos que nos acompañe en los

debates sobre letras que son materia de nuestra corporación. Con su sentido artístico, con su vasta cultura, con la ejemplar limpieza moral de su conducta, leal con los demás como lo es consigo mismo, su colaboración ha de ser muy valiosa. Por eso, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, le reitero nuestra afectuosa y cordial bienvenida.